

La odisea

Tengo arena pegada a todo el cuerpo: pensé al principio que la colada en mi ropa interior sería insoportable, pero la que se aferró a mi espalda me genera comezón y es igual de mala, especial porque raspa constantemente con la mochila llena útiles cachirulos. Sin embargo, yo creo que la peor es la que me queda en la boca. Me recuerda lo seca que está, la cantidad de horas deshumanizantes sin agua ni comida que aplaque la insoportable sed que me duele en el cuerpo. Las provisiones se me acabaron hace más de dos días, hace cuarenta y nueve horas exactas, hace dos mil cincuenta y siete agonizantes minutos, y si tengo que encima pensar los segundos que fueron creo que voy a empezar a alucinar. Tengo los pies llenos de ampollas de caminar por el desierto caliente, pero sin duda la garganta echa cartón es lo más sufrible y angustiante. Es como si la sed me llegara hasta el pecho y me impidiera respirar, dificultando cualquier movimiento y pensamiento básico que pudiera tener. Puedo respirar, pero realmente no lo siento. Es desesperantemente insatisfactorio. Me estalla la cabeza. Necesito descansar y quitarme este calor que me derrite el cerebro y cada una de las microscópicas células que tengo en este maltrecho recipiente vacío que a duras penas se mantiene parado.

Pero si me detengo jamás encontraré lo que vine a buscar. Me duele mucho la garganta y puedo sentir como se resquebraja por dentro de igual manera que mi piel lo hace al exponerse al sol hace tanto tiempo. Trago aire porque saliva no hay, no lloro porque lágrimas no hay. Sólo camino, pensando en que incluso lamería mi propia transpiración si el calor no me la hubiera secado.

No me queda nada.

Tropiezo con una piedra y caigo como saco de papas al suelo. Me muevo al instante, la arena quemando mis brazos y las partes expuestas de mi cuerpo. Quedo de culo en el suelo, tratando de normalizar la respiración para parecer menos despojo de ser humano de lo que soy. Me pregunto si estoy viendo bien, si no será uno de aquellos famosos espejismos que dicen en las películas, porque a los lejos hay algo.

Rezo para que sea un oasis. Ya ni siquiera me importa que sea *el* oasis.

Me levanto temblando y me tambaleo hacia el horizonte, con fuerzas renovadas por la adrenalina y, sobre todo, las ganas de no morirme. Casi que podría trotar. Y a medida que me acerco, confirmo mis sospechas: es un oasis. Al menos veo la silueta de las palmeras y un monte. Si las palmeras pueden sobrevivir, entonces habrá agua para beber y refrescarme, y es lo único que me importa.

Sin embargo, cuanto más me acerco más confirmo que estoy frente a lo que estaba buscando. Si bien las palmeras toman forma con sus troncos altos y grandes hojas, el monte se desdibuja en textura y se diferencia del color arena para tomar el color del atardecer. Reduzco mi paso a pesar de estar cerca porque mis pies no dan más y porque me surge el miedo.

¿Y si lo asusto? ¿Y si es antipático? ¿Y si me quiere comer? La última pregunta me consuela más de lo que me asusta. Frente a mí, El Gran Gato duerme plácidamente bajo el sol del desierto. El agua del oasis no es más que una fuente inagotable de agua para saciar al gato más gordo del mundo, el cual percibe mi llegada abriendo perezosamente un ojo dorado y estirando sus patas con descomunal somnolencia. Me espera con curiosidad, así que me tambaleo hacia él. Me deja acercarme y me dejo caer sobre su inmensa panza peluda. Me tapa el sol y ronronea a mi lado, y les juro por Dieguito Maradona que es el motor de auto más plácido que escuché en mi vida.

Recuerdo cerrar los ojos y sentirme en casa. La sed ya no me pesaba y el cuerpo me exigía dormir, así que me relajé. Puedo asegurarles que conocer al gato enorme más obeso del mundo es el mayor logro que he tenido en mi vida y ha valido cada agónico paso que tuve que dar para llegar para acariciar y apreciar toda su inmensidad.

Luna Linares.